

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



LA CONFESIÓN DE DUMAS

Era demasiado temprano para ver en el interior de aquella casa de piedra. El cielo, típico de Inglaterra, era de un gris muy oscuro. Una vela era necesaria, y allí brillaba, justo en el centro de una mesa de madera.

Ella miraba la llama. No conseguía llorar, aun sabiendo que seguía con vida gracias a que, no muy lejos, un hombre había encontrado la muerte.

Por ella.

Golpearon la puerta con suavidad. No esperó a ser recibido, sabía que estaría abierta para él.

-¿Ya está? -preguntó ella, avergonzada.

-Sí.

Entró en la casa con mirada seria y tranquila. Cerró la puerta tras de sí, se acercó a ella y se quitó la roída capucha que le cubría.

-¿Sufrió? -ella le miró a la cara. Sus ojos, con el reflejo de aquella pequeña llama, estaban llenos de culpa.

-No.

La respuesta alivió su alma.

-Gracias.

El caballero buscó un tabuerete y lo acercó a la mesa.

-¿Qué debo hacer ahora, Alexander? -le preguntó ella. Él respiró hondo, era el momento.

-Lo primero que debéis hacer es dejar de llamarme Alexander, no es mi verdadero nombre.

¿No os llamáis Alexander? -preguntó, extrañada-. ¿Cuál es, pues, vuestro nombre, mi señor?

-Mi querida Isabelle, ni yo ni nadie en esta tierra es vuestro señor -dijo con firmeza mientras la miraba fijamente-. Si acaso, llamad esposo, pero no señor, al hombre que al alba murió por vos. Él lo hubiera querido así.

Ella rompió a llorar. Su fortaleza se vino abajo con aquella petición. Juró a David, en su último encuentro, mantenerse entera. Pero ahora sabía la verdad del alma de aquel hombre, los verdaderos sentimientos que, en secreto, siempre tuvo hacia ella. Siempre lo intuyó, pero faltó lo importante: el gesto.

-Hubiera querido besarle, al menos una vez -confesó ella.

-Es una lección muy dura de aprender -reconoció él-. Arrepentirse de nuestros actos es fácil, pero hacerlo de lo nunca hecho es, a veces, imperdonable. No obstante, de conseguirlo, no hubiera sido vuestro primer beso.

-¿Qué queréis decir? -preguntó con la voz entrecortada-. Ya os digo que no llegué a hacerlo.

Espero un poco más a que las lágrimas de la mujer terminasen de recorrer su rostro. Después, continuó con su revelación.

-Atended mis palabras, Isabelle. Mi verdadero nombre es Dumas Deneb-Algiedi, y mi edad, aunque no lo aparente, no está al alcance del cálculo de los mortales.

-¿Dumas...?

Él asintió.

-Una vez me oísteis llamar a David por el nombre de Rigel, ¿recordáis?

-Sí -afirmó, secándose las lágrimas-. Bebísteis y discutísteis mientras maldecíais al rey y ridiculizábais sus maneras en el lecho.

La sonrisa de Dumas asomó en aquella penumbra.

-No olvidéis callar para siempre lo referente a aquella cogorza, os ruego. Volviendo a mi confesión, a vos y a todo ciudadano bajo la luz del Cristo de Roma se os ha enseñado que la muerte nos reserva uno de tres caminos: el cielo del Padre, los Infiernos del demonio y el limbo de los no tan culpables.

-Sí, pero, ¿por qué me contáis todo esto? ¿Tiene que ver con el cisma que inspirásteis al rey? -Isabelle, no por impaciente, no aguardaba a hacer preguntas. Los prolegómenos de Dumas eran, por necesidad, lentos.

-No tiene nada que ver. Siento seros tan precavido, pero voy a hablaros de conceptos difíciles de concebir dada vuestra formación

religiosa, así pues os pido paciencia.

Isabelle advirtió la luz del sol penetrar por una de las ventanas y apagó la luz de la vela. A pesar de su pequeño tamaño, emitía un calor que, añadido a las tensiones de la trágica mañana, resultaba agobiante. Dumas esperó con paciencia, al fin y al cabo, tanto él como Rigel habían ocultado sus secretos a aquella joven durante miles de años. Unos minutos más no importaban.

-Perdonadme -dijo ella mientras volvía a sentarse-. Continúa, os lo ruego.

No hubo más interrupciones ni tangentes en el relato de Dumas. A lo largo de la mañana y hasta la hora de comer, el caballero le habló de los mares de las akasias, del verdadero sendero más allá de la muerte y de las elecciones que todo hombre y mujer tiene en su mano una vez abandona el mundo de los vivos.

Concretamente, le habló del renacer.

Ella le creyó. Su fe ya sufría profundas grietas por la maldad de los poderosos y por la pasión que Rigel, David aún para ella, puso en las pocas lecciones que le enseñó. Dumas burlaba a la muerte y vivía por siempre sin entender de los pesares de la vejez; Rigel se carcajeaba de las akasias y volvía a la vida una y otra vez con el recuerdo impertérrito de todas sus experiencias en la Tierra. Distintas caras, diferentes nombre y lugares. Pero siempre Rigel, siempre en busca del disfrute de la inmortalidad y de una búsqueda que comenzó en el momento en que Dumas y él se reconocieron por primera vez.

Y la búsqueda era ella.

-¿Yo? -preguntó Isabelle, perpleja.

-Sí, querida. Vos -afirmo Dumas, rotundo y emocionado-. No recordáis nada, según la lógica que os acabo de revelar. Pero hace miles de años, vos, Rigel y yo convivimos en una tierra muy lejana. Levantamos a todo un pueblo, destruimos a sus falsos dioses y hundimos en la miseria a sus codiciosos sacerdotes. Desde entonces, cada vez que Rigel muere, yo estoy ahí con él. Cuando vuelve a vivir, yo voy allá donde su vida continúa. Juntos presenciamos los avances de la humanidad, nos codeamos con vuestros más ilustres, disfrutamos de la vida eterna, a nuestra manera. Pero sobre todo, él te busca a ti.

-¿A mí? -Isabelle, en un gran esfuerzo, entendía la realidad yacente en la confesión de Dumas. Sobre todo, su papel en aquella maravillosa historia.

-Te amaré por siempre, querida Isabelle. Vive por siempre

para amarte. Sufre cuando te reencuentra y tú le ignoras, le rechazas o, simplemente, y como debe ser, no le recuerdas. Si sale bien, unidos estáis; si no, mi hombro está junto a él.

Isabelle, iluminada por la escasa claridad de la mañana, era ahora la mujer más rica del mundo. Tenía los dos mayores tesoros a poseer: la verdad, y el amor eterno de un buen hombre.

-Por una vez, debíais saberlo -dijo Dumas, convencido-. Lamento que, algún día, tu alma reemprenderá su camino y olvidarás. Pero la verdad bien vale una efímera vida en tus recuerdos.

-Si os pidiera que me contáseis el comienzo -pidió Isabelle-, ¿lo haríais?

Dumas sonrió. Reconoció la ingenuidad de aquella mujer en su deseo. En el fondo, pretendía recordar a partir de las palabras de él. No ocurriría, no al menos en aquella vida.

-Sea así. Isabelle, ¿qué sabéis sobre las tierras del continente?

-Sé lo que aprendí durante mi servicio en la residencia estival de Su Majestad la reina. Bueno, David me dijo que ya no es reina, pero no me explicó.

-Aún es reina, pero no lo será por mucho tiempo. El rey busca desposarse con la marquesa de Pembroke, sólo Roma se le interpone, pero eso es algo que tampoco durará. Entonces, ¿sabéis de la cuna de la Corona de Aragón?

-Sí, una vez vi un mapa -aclaró Isabelle.

-Bien, pues al sur de Aragón, muy al sur, están las columnas de Hércules. Y cruzado el mar, en dirección al este, hay una tierra que una vez fue la más rica del mundo. Tanto, que parecía que el sol sólo les iluminaba a ellos.

Dumas sintió volver a aquel milenio. Era la primera vez que contaba aquellos años de su vida, una de las grandes historias secretas del mundo.

-Fue en la tierra de Kemet, y vos os llamásteis Neferure.